



4—LAS ÚLTIMAS NOTICIAS—Domingo 23 de Julio de 1978

Testimonios

“Incendiaron la Escuela”: El Arte en Llamas

Por HERMELO ARABENA WILLIAMS

Las modernas estructuras de la novela dan al autor más soltura en el arte de componer. Los cánones tradicionales son, tal vez, en demasía rigurosos. Pero, en todo caso, concebir una obra de este género es someterse a una prueba de fuego. Lo decimos después de leer “Incendiaron la Escuela”, de Gabriela Lezaeta (Nacimiento, 1978). Esas modernas estructuras no pueden imponerse caprichosamente a la realidad y a la lógica. Lo que no obsta para que cada escritor vea o interprete la realidad de acuerdo con las reacciones de su propio temperamento.

La vida de nuestro máximo instituto de artes plásticas, después de 1930, aparece crudamente pintada en las 133 páginas de este libro. Con espontaneidad de estilo y fuerza narrativa, Gabriela Lezaeta va mostrándole al lector los oscuros pasadizos del Palacio del Parque Forestal, testigos de rivalidades y anhelos, frustraciones y aventuras eróticas. Muchos son los personajes, entre artistas, modelos y estudiantes, que desfilan por la novela. Unos pocos con sed de fama; los más, con la libido desafiante. En el movido conjunto sobresalen dos tipos admirablemente perfilados: Barraza, el profesor de Escultura, incrédulo ya en el arte y en el amor; y el mayordomo Rubio, atrapado por el misterioso encantamiento de los

patillos voladores. Un fugaz siniestro no alcanzó a propagarse en el edificio de la Escuela. Sólo ocupa un lacónico capítulo final y sirve de pretexto para titular la novela.

El relato, denso, a ratos agresivo, entrecruzado de digresiones, no es pródigo en el diálogo, elemento importante en toda novela. En uno, el marxista Tuto discute con Letty, alumna adinerada perteneciente a la clase alta:

—No hables de libertad cuando eres esclava de tantas cosas. Del prejuicio que no te ha permitido asumir tu condición de mujer.

—Soy tan mujer como cualquiera casada (si te refieres a misoltería), porque es mi decisión. Considero que la libertad es escoger y es individual y secreta.

—Feliz tú. Nosotros los pobres estamos en un mundo libre.

—¿Adónde irá a parar, me pregunto, si cae en el marxismo?

—No parará. Seguirá dando vueltas y en perpetuo cambio. Borrándose los arquetipos: el cavernario solo contra los demás, el señor feudal todopoderoso, el prepotente adinerado actual, el marxista del futuro (y de hoy), consciente de ser un pequeño engranaje en una sociedad evolutiva y de la cual saldrá el superhombre, libre al fin y en armonía con sus hermanos”. (Pág. 67).



Gabriela Lezaeta: El arte en llamas.

La autora emplea a menudo el monólogo interior, prolongando en cámara lenta los estados anímicos de los personajes. Válese para ello de la discutida técnica surrealista. Así, por ejemplo, en ese curioso simbolismo que, llevada de su fantasía, hace del pasadizo de la Escuela, hablando consigo misma, una de las alumnas (páginas 97 y 98).

Las líneas del relato se enredan a causa de tanto surrealismo y por las frecuentes desviaciones de los protagonistas hacia el soliloquio íntimo, repleto de circunloquios. Estos protagonistas se confunden unos con otros. A veces, no acertamos a saber cuándo en éste o cuándo en aquél el que discurre. ¡Oh, la clásica ordenación y el bello estilo de Flaubert!

Gabriela Lezaeta, ingeniosa en muchas de estas páginas, con elegante humorismo en otras, queriendo hacer una novela realista, no ha sabido contenerse: recarga aquí y allá las pinceladas. Desdénalos los delicados tonos grises; prefiere los negros de humo. Su relato abunda en reiterados pasajes lascivos. El lenguaje de sus “artistas” hiede a pornografía. Un solo botón de muestra: el de la página 30, acápite primero. Sus pobres

personajes viven y actúan con la obsesión morbosa del sexo, faltos de idealismo, cuando no esclavos de la neurosis que les produce su complejo de inferioridad.

Por eso, la madre de Sarita reflexiona de esta suerte: “No quiero el triunfo ni una obra de arte que perdure. Quiero el instante, ese instante en que la tengo con este trazo que cayó formando un inesperado espacio, en el estallido de claridad que marca sombras imprevistas...”. (Pág. 71).

Allá por 1934, visitamos con cierta frecuencia la Academia de Bellas Artes. Fuimos amigos del noble maestro y gran pintor Augusto Eguiluz y de algunos de sus alumnos, entre ellos Tole Peralta, hoy prestigiosa figura en la Universidad penquista. La impresión que nos dejó ese establecimiento fue muy distinta de la que, con tintas sordidas, nos traza ahora Gabriela Lezaeta.

En novela, como en artes plásticas, todo exceso es antiestético. No se puede jugar así no más con las ideas y las costumbres. ¡Lástima que algunos de los capítulos y no pocos pasajes de “Incendiaron la Escuela” se le hayan escapado a su autora de las llamas de la autocritica!

Incendiaron la escuela": el arte en llamas [artículo] Hermelo Arabena Williams.

AUTORÍA

Arabena Williams, Hermelo, 1905-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Incendiaron la escuela": el arte en llamas [artículo] Hermelo Arabena Williams. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile